

EL TIEMPO, GRAN ESCULTOR

POR LAURA ISOLA

Si se busca en *Historia de las mujeres: el siglo XX*, la colección dirigida por Georges Duby y Michelle Perrot, no aparecen ni Haydée, ni Galina, ni la Bobe, menos Olga o Ana y Adela. Mejor dicho: los nombres de estas mujeres cuya presencia es fundamental en *Grandes mujeres*, la muestra de fotografía de Gaby Messina, se diluyen en el libro de Duby y se mezclan con otros en los distintos artículos del volumen. Para esos autores, estas señoras que exhiben su casa, su perro, sus piernas o su cocina forman parte de un problema político, social o cultural; están integradas a la definición de un concepto —“Las mujeres y el cambio social”— o constituyen un problema a resolver —“¿Qué mujeres y qué hogares?”— sólo por mencionar algunos. En cambio, y con un soporte material de investigación distinto, la fotografía, Messina asume estos requisitos, pero da una respuesta distinta. El trabajo de esta fotógrafa empezó hace dos años y el punto final es suspensivo porque se podría extender para siempre. La fascinación por sus compañeras del curso de historia del arte del Museo Sarmiento le abrió un mundo para explorar. Dicho grosso modo, la mujer en la tercera edad: “En el mismo nivel del interés sobre el curso que

estaba escuchando, estaba mi deleite por el arreglo personal de mis compañeras. No paraba de mirar sus vestidos, la forma de maquillarse, de peinarse, el prendedor, las carteras y los zapatos”. De este fisgoneo nació una pasión que se desnuda en palabras y fotos: Messina, de treinta años, tiene entre sus amigas más conspicuas a mujeres de más de sesenta. Pasemos, pues, a ver a las señoras en cuestión.

DEL MUSEO AL BARRIO

Es verdad que *Grandes mujeres* realiza un recorrido muy interesante, que atraviesa las diferentes capas sociales, y que hay de todo. Si “las compañeras de clase” de la fotógrafa remiten a una clase media y las fotos de Nelly o María Angélica con sus libros y de Rita jugando al solitario lo demuestran por el mobiliario y los atuendos, el itinerario social no termina aquí. Su vecina Haydée no sólo le abrió las puertas de su cocina, sino que fue la iniciadora en la exploración por el barrio y sus vecinas. De la mano de Haydée aparecieron Negrita, Irma, la modista, y su perra Pichina, Ana y Adela, hermanas en el sentido más estricto del término, ya que Ana nunca se casó para cuidar a su hermana enferma: “Con Haydée tengo una relación muy cercana porque vivimos en el mismo barrio y ella me presentó a sus amigas. Esto facilitó la tarea porque no hay que olvidarse

que yo entro en sus casas, reviso sus cosas, toco todo y luego quiero fotografiarlas. En este sentido, es una invasión y ellas no están acostumbradas a que se les meta una extraña y les mueva las cosas de lugar. Por ejemplo, Nina, que es una señora muy paqueta y a la que fotografíe en su cuarto lleno de cosas, tenía todo, pero absolutamente todo, bajo llave”, cuenta Messina como ejemplo de una intrusión a la privacidad de sus modelos. El registro de las clases no se agota en un par de niveles ni es el único nivel en que la fotógrafa opera. La foto de Petronila, una vendedora ambulante de origen boliviano, es el extremo de la cadena que actualiza un hacer y un estar de estas mujeres en la sociedad. Además de la mirada social que se dispara a partir de las imágenes, interesa el aspecto de la intimidad. Haydée come sola en la cocina porque está sola y esa práctica retratada se repite día a día en su vida y en la de muchas otras de la misma muestra. Es el caso de la Bobe, la abuela de su marido, que no puede ver y escucha radio todo el día en la cama. Así está en la foto; así está en la vida.

EL ARMADO DE LA REALIDAD

Gaby Messina viene haciendo fotos desde 1998 pero en el área de publicidad, donde pasó de ser ejecutiva de cuentas a fotógrafa publicitaria. Este primer cambio fue difícil y

tardó un tiempo en ser reconocida en su nuevo papel. Pero no termina ahí la mutación, y pasar de la fotografía publicitaria a otro tipo de fotografía tiene sus riesgos. Lejos de querer vender algo, en las fotografías de Messina se advierte un ojo ávido y tierno. Cada encuadre de estas señoras es una caricia y gesto de respeto. Lo que sí parece que no pudo dejar de lado son los empleos de la fotografía publicitaria en la factura de sus trabajos: selección de los elementos, la iluminación, el vestuario y el maquillaje. Aunque de una manera distinta y sin peinadores ni vestuaristas, sus eventuales modelos se prestaron a probarse más de un vestido, a pintarse y a mostrar sus tesoros, desde el perro hasta las joyas, desde los fiuquis recién amasados hasta el cuarto de los hijos que ya no están. Cuando las fotos estuvieron terminadas, vino el momento de mostrárselas a las primeras interesadas: “En general, me dicen que ellas salieron mal, pero que las fotos son muy lindas. No están acostumbradas a verse”. En algún sentido, el público tampoco está acostumbrado a ver la belleza de la imperfección, la constatación del paso del tiempo que esos rostros, esos brazos y esos talles exhiben de manera impúdica. Ante un registro de imágenes en otro sentido, que resalta el labio recién esculpido o el busto inmenso y firme a días de haber sido operado, las fotografías de señoras de edad

avanzada discuten este ideal de belleza y confirman las palabras de Jeanne Moreau que, cuando fue interrogada sobre por qué no se operaba, dijo: “¿Operarme las arrugas? Ni loca, con lo que me costó conseguirlas”.

EL RECURSO DEL METODO

Aunque todo está finamente pautado y cada detalle se cuida al máximo, en las fotos de *Grandes mujeres* es bueno que algo se escape y aparezca luego del revelado. Un ejemplo es bien personal y emociona profundamente a Messina: “Después de hacerle la foto a mi abuela María Esther, esa que está en la cocina amasando los fiuquis, me encuentro que mi padre, muchos años antes, le había sacado la misma foto, el mismo encuadre y la misma luz”. Se ve, entonces, que esta mujer sigue despertando el mismo placer no sólo con la comida misma, sino también mientras la hace. Pero hay más y se descubren otras revelaciones. Galina es bailarina y, aunque no siga bailando en el Colón, sus piernas sostienen que el tiempo pasó pero de la cintura para arriba. Ella sigue practicando día a día unas rutinas que no pondrá a prueba en un escenario pero que sirven para repensar la idea de futuro, cuando una se hace grande. ¿Para qué y por qué?, son preguntas que no guardan sentido en este contexto. Es mejor saber que existe un día

más, al que se le agrega otro y otro. Mientras que la bailarina practica este arte de vivir, otras son las respuestas al futuro y no siempre coinciden. Los ojos de Yuyí están llenos de miedo, y la conciencia del fin es su música.

Los dos años de búsqueda y de trabajo de Gaby Messina redundan en una muestra extensa y lograda. Dos años en que la fotógrafa se la pasó preguntando a todo el mundo: “¿Tenés abuela?”, y acto seguido insistió en conocerla. Así tomó riquísimos mates bajo la parra, comió cientos de postres y comidas caseras, asistió a cumpleaños, escuchó historias por docenas que hablaban de esfuerzo, de inmigrantes y de grandes amores, de pérdidas y de encuentros. Volvió una y otra vez a casas a las que pocas veces van visitas e invitó a una treintena de mujeres a jugar un rato. Aunque ese juego no fue más que el de sus propias vidas. ☞

Grandes mujeres inaugura el 2 de marzo a las 19 y estará hasta el 4 de abril. El horario de visita es de 11 hasta la finalización de las actividades del día en la FotoGalería del Teatro San Martín, Corrientes 1530. La entrada es libre y gratuita.